

El contexto socioeconómico de la primera posguerra española y su plasmación en la narrativa de Carmen Laforet

Autor: García Blay, María Gloria (Doctora en Humanidades, Profesora Universitaria de Literatura).

Público: 4º de ESO, Bachillerato, Profesores de Literatura. **Materia:** Literatura. **Idioma:** Español.

Título: El contexto socioeconómico de la primera posguerra española y su plasmación en la narrativa de Carmen Laforet.

Resumen

La narrativa de Laforet se considera un documento historiográfico sobre la época de posguerra. A través de este artículo se intentará reflejar la plasmación del contexto socioeconómico que realiza la autora sobre esta etapa. Para ello, y tras un breve esbozo del panorama social y económico de la primera posguerra, se ha continuado con un análisis de los ejemplos que aparecen tanto en sus cinco novelas, como en su narrativa corta, y que reflejan la precariedad económica y sus consecuencias en la vida de los españoles a través de los personajes laforetianos.

Palabras clave: Laforet, narrativa de posguerra, precariedad económica.

Title: The socioeconomic context of the first Spanish postwar period and its expression in the narrative of Carmen Laforet.

Abstract

Laforet's narrative is considered a historiographical document about the post-war period. Through this article we will try to reflect the expression of the socio-economic context that the author makes about this stage. For this, and after a brief outline of the social and economic panorama of the first postwar period, it has been continued with an analysis of the examples that appear both in his five novels, as in his short narrative. These reflect the economic precariousness and its consequences in the life of the Spanish people through the Laforetian characters.

Keywords: Laforet, Spanish postwar narrative, economic precariousness.

Recibido 2017-11-13; Aceptado 2017-11-15; Publicado 2017-12-25; Código PD: 090062

1. INTRODUCCIÓN

A modo de introducción al contexto socioeconómico que analizaremos en la narrativa de Laforet, partiremos de las palabras de Reher (2003): «España era un país destrozado, donde no existían libertades políticas y donde el hambre y el racionamiento eran hechos corrientes para segmentos muy amplios de la población». En efecto, los años de la posguerra se convirtieron en el peor periodo que vivió la sociedad española, pues en su vida cotidiana se instaló la cultura del miedo, del hambre y de la represión en todos los ambientes (Ramos 1996).

Es un hecho que España no perdió tanto como Europa en la segunda guerra mundial; no obstante, su reconstrucción fue muchísimo más lenta debido a la autarquía (Tusell 2005). Se trataba de crear una nueva España autosuficiente, tal como predicaban los falangistas, y de concienciar al pueblo de que las ruinas de la guerra no eran sino el símbolo de la destrucción de la sociedad que había provocado la época republicana (Castillo 2010), con la finalidad de convencer al país de que la única posible salvación era confiar ciegamente en un gobierno que se había encerrado en sí mismo para evitar cualquier aire de progreso.

Sin embargo, el efecto de la política de autoavitallamiento fue completamente contrario al esperado. La economía española solo creció un 0,6% entre 1935 y 1959, mientras que los países europeos experimentaron un crecimiento del 2,7%. Las importaciones sufrieron a su vez un retroceso considerable y se dio prioridad a aquellas empresas que trabajaban para cualquier organismo militar antes que a las que producían mercancías de consumo general. Esto provocó que desde sus inicios hubiera un desabastecimiento general de productos básicos. Se pasó de una sociedad de consumo a una sociedad de subsistencia (Montero 2012). Un ejemplo claro sería la reducción a un tercio del consumo de carne (Tusell 2004), a pesar de la existencia de las cartillas de racionamiento creadas para realizar un reparto de los alimentos justo y equitativo, aunque efectuado de manera inadecuada, pues incluso los propietarios de establecimientos que dispensaban productos tasados adulteraban el producto o entregaban una cantidad menor a la que correspondía a cada consumidor

(Ibáñez 2014). La consecuencia inmediata de la ineficacia de la política intervencionista se tradujo en la aparición de un mercado negro que perduró hasta el final del racionamiento. Estaba caracterizado fundamentalmente por sus elevados precios y por el peligro que entrañaba recorrer infinidad de kilómetros para conseguir productos de primera necesidad, al encontrarse esta práctica penada con cárcel (Barciela 2000). Algunos estraperlistas recurrían al tren para transportar sus mercancías debido a la posibilidad de acarrear una mayor cantidad de productos y del anonimato que suponía viajar junto a más personas sin que se supiera de quién eran los bultos medio escondidos. Incluso se arrojaba la carga desde el tren para que otros socios la recogiesen y la transportasen a su destino en coches, bicicletas o a pie (Román 2015).

A partir de la década de los cincuenta este aislamiento empezó a paliarse con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, lo que permitió a España acceder al Plan Marshall. Asimismo, su entrada en la UNESCO en 1952 y su ingreso en la ONU en 1955 facilitaron un aparente aperturismo (Arias 2005). No obstante, las condiciones económicas seguían siendo precarias, sobre todo en el sector primario. El éxodo del campo a las ciudades se convirtió en una solución para muchas familias que se trasladaron a los suburbios de las grandes poblaciones con la esperanza de un futuro mejor, aunque se vieron abocados a vivir en condiciones de hacinamiento e inestabilidad económica (Santos 2003).

Fue a partir de la década de los sesenta cuando la economía española comenzó a remontar gracias al incipiente turismo que acudía a España atraído por unos precios baratos y un clima cálido (Francés 2013).

Uno de los factores que contribuyó al desarrollo económico y a la apertura exterior fue el auge del turismo extranjero. La mayoría de ellos llegaban por proximidad geográfica y atraídos por estereotipos creados por el propio gobierno –flamenco, toros, Marisol o Luis Mariano–, por sus bajos precios debidos al incipiente desarrollo económico y por una climatología que nada tenía que ver con los inviernos largos y húmedos de la mayor parte de Europa. El boom turístico contribuyó a la consolidación de la entrada de divisas que se había iniciado con los ingresos que los emigrantes conseguían en los países anfitriones (Viñas 2012), aunque también facilitó el contacto de toda una generación de jóvenes con un panorama social y cultural muy distinto al que habían vivido.

2. PLASMACIÓN DEL CONTEXTO SOCIOECONÓMICO EN LA NARRATIVA DE CARMEN LAFORET

Opinamos, junto con Riera (2007), que la obra narrativa de Carmen Laforet es un documento historiográfico que nos acerca a la época de la España subdesarrollada de la etapa del primer franquismo, en la que se subsistía a base de esfuerzo y de empeño en superar las graves carencias económicas y culturales. El motivo fundamental para la elección de los textos narrativos no ha sido otro que la opinión de que en un perfil de relatos de tal tipología la creatividad puede reflejar de manera más fidedigna la época en la que se vive, pues es necesario crear marcos espaciotemporales que nos permitan encuadrar la narración. Así pues, nos centraremos en las cinco novelas, las siete novelas cortas y los cuentos. Respecto a estos últimos, se ha decidido desestimar los correspondientes a la época de juventud, puesto que no pertenecen, cronológicamente, a la época objeto de nuestro estudio. Para ello, hemos organizado las obras siguiendo un criterio cronológico, no tanto en cuanto a su fecha de composición o publicación, sino atendiendo a su tiempo externo, esto es, al marco temporal creado por la autora para encuadrar la ficción narrativa.

Como se afirma en *Nada*, en tiempos de guerra ya se hacían notar los estragos del hambre: «yo pasaba hambre. Mamá, pobrecilla, me guardaba parte de su comida» (p. 57)⁵⁰, situación que contrasta claramente con los recuerdos que evoca Andrea de su niñez, alrededor de diez años antes de la guerra, en la misma casa: «todos los tíos me compraban golosinas y me premiaban las picardías que hacía a los otros» (p. 32).

Algo que no cambió tras la guerra, sino que se agravó, fue la existencia de las casas de empeño como medio de conseguir dinero rápido. A pesar de que se intentó fijar por ley las obligaciones y condiciones de existencia de este tipo de negocios con el fin de evitar la usura, no estaban reguladas de la misma manera en todas las provincias españolas. (Bellod 1994). Así, mientras Marta Camino, en *La isla y los demonios*, recibe una cantidad más o menos adecuada por sus joyas: «trescientas pesetas eran una cantidad fabulosa para ella. Tenía miedo de que se le perdieran, porque jamás había poseído tanto dinero» (p. 521), Pedro, en *Un matrimonio*, solo consigue veinticinco pesetas por su abrigo de invierno: «estaba un billete de cinco duros» (p. 326). A pesar de ser una manera rápida de conseguir dinero y poder recuperar los

⁵⁰ Las páginas referenciadas corresponden a Carmen Laforet, *Novelas* (Barcelona: Planeta, 1963), excepto los ejemplos mencionados de *Al volver la esquina*, en los que se ha utilizado la edición de Destino: 2004).

objetos en un plazo futuro, era preferible la venta, pues las ganancias conseguidas eran mayores. Este es el caso del reloj que doña Eloísa regala a Mercedes en *La llamada*: «por el empeño te darían una miseria... Lo mismo lo recuperarás cuando tengas dinero» (p. 673). O del piano que Rosa vende «al fin, muy bien» (p. 828) para poder cancelar deudas pendientes: «me debían más de veinte duros...» (p. 795), para poder comprar un libro: «es un lujo tan grande que le tiemblan las manos» (p. 821) y pagar el sueldo atrasado a la criada: «¿cómo voy a tener autoridad con una persona a la que le debemos tres meses de sueldo y que no sé cómo se lo vamos a pagar?» (p. 827). Otros personajes, en cambio, siguen confiando en las casa de empeño, para poder recuperar los objetos con posterioridad, como es el ejemplo que apreciamos en *Un noviazgo*: «y también sería verdad que en vez de empeñarlo habríamos vendido el solitario de papá...» (p. 758). Además, con el transcurso de la década, la situación no mejora, tal como vemos en *El último verano*; se debe recurrir a anticipos en el trabajo: «no me han prestado en la oficina más que mil pesetas» (p. 728) o a prestamistas que aplicaban un interés abusivo y sumamente elevado:

-Sí, ya me han hablado de usted... Su forma de pago no me conviene en absoluto... Doscientas pesetas al mes no son nada... Pero por hacerle un favor...

Roberto concluyó firmándole un recibo de cuatro mil pesetas. No era un año de sacrificios, sino dos, los que se imponía de aquella forma. Sin embargo, cuando recibió los dos billetes de mil estaba tan agradecido que hasta tartamudeaba.

(Laforet 1963, 734)

El ambiente de la posguerra española recreado por Laforet se caracteriza por la escasez de cualquier producto de necesidad básica, por la pobreza de sus actores, por las amplias limitaciones a nivel higiénico o tecnológico que se padecen e, incluso, por la deshumanización de sus protagonistas que tan acostumbrados a la muerte están que ya forma parte de sus vidas. Incluso uno de los personajes de *La llamada* afirma que «el ser pobre no es nada extraño. Lo extraño va siendo lo contrario» (p. 645), o se hace referencia directamente a la falta de recursos económicos, como es el caso de Lolita en *La llamada* cuando al enterarse de que su tía Mercedes tiene dinero, replica: «entonces no hay más que hablar... Y la felicito. Nosotros, en cambio, no tenemos» (p. 659). Incluso se hace referencia a la subida de precios tras la guerra, lo que provocó una necesidad bastante acusada, al ser difícil conseguir productos de primera necesidad, tal como afirma Carolina en *La niña*: «tu padre ganaba poquísimos dinero en relación con el coste de la vida» (p. 877). A su vez, la ausencia de dinero podía provocar conflictos familiares, como se menciona en *Un noviazgo*: «surgían problemas pequeños, sórdidos, siempre los mismos, debido a la falta del dinero» (p. 765)

Ni siquiera la existencia de las cartillas de racionamiento consiguió paliar el problema de desabastecimiento en las ciudades; de hecho, muchas personas o bien no las tenían actualizadas o se les negaban, como a las prostitutas. En *La insolación* se queja Anita Corsi de que Martín come mejor que ellos, pues deben recurrir al mercado negro para conseguir víveres: «como nosotros nunca tenemos arregladas las cartillas de racionamiento, todo tiene que comprarlo Frufrú de estraperlo. Sólo hay un estraperlista que le fía y es el más caro de todos» (p.106). Incluso el Martín adulto de *Al volver la esquina* participa, por casualidad, en este mundo: «hasta en una ocasión ayudé galantemente a tirar, desde una plataforma, un enorme saco de harina cuando el tren disminuía su velocidad, en cierta curva que era un lugar convenido por aquella gente con sus asociados madrileños» (p. 12), a pesar de que las carreteras y los caminos estaban vigiladas por la ley: «aparecían guardias civiles. En otros sitios, falangistas, soldados también» (p. 3). Así, se recurre no solo al mercado negro, sino a cualquier cometido que permita obtener dinero o alimentos. Pensemos en Gloria, que durante el año que transcurre en *Nada*, se dedica al juego durante las noches para conseguir algún ingreso: «Gloria –que ya no se ocultaba para ir a jugar– dormía allí, cansada de haberse acostado tarde» (p. 180), o en Román y sus escapadas misteriosas.

El recurso a los comedores sociales era, a su vez, utilizado por muchas personas, como Rosamunda, la protagonista del cuento homónimo: «había olvidado aquel largo comedor con mesas de pino cepillado, donde había comido el pan de los pobres entre mendigos de broncas toses» (p. 309).

Y, también a la emigración, en busca de unos ingresos que permitieran subsistir, como recuerda Leonor en *La fotografía*: «aquella despedida de la primavera anterior, bajo una lluvia tan fría, cuando hubo la anhelada posibilidad de la emigración» (p. 286). Recordemos que la salida de España estuvo prohibida desde 1942 y no fue hasta la década de los cincuenta cuando se empezó a reglar de manera oficial. Y no solo se emigraba hacia Europa, también numerosos países de América Latina fueron destinos para muchos españoles.

Con total seguridad, esta pobreza llevaba consigo carestía de alimentos. Son abundantes las referencias textuales a esta penuria en las obras seleccionadas. Comenzaremos con las novelas situadas en los primeros años cuarenta, *Nada* y *La insolación*. En la primera de ellas, el hambre y la miseria es una constante a lo largo de toda la narración. Incluso el gato

representa por su aspecto a los habitantes de la casa: «consumido por ayunos largos, por la falta de luz y quizá por las cavilaciones» (p. 33). Andrea subsiste con un panecillo diario: «los últimos días del mes los pasé alimentándome exclusivamente del panecillo de racionamiento» (p. 118), lo que explica que tenga que alimentarse de las sobras de la comida: «me había cogido bebiendo el agua que sobraba de cocer la verdura» (p. 116) o con sopas en alguna fonda barata: «daban una sopa que me parecía buena, hecha con agua hirviendo y migas de pan. Esta sopa era siempre la misma, coloreada de amarillo por el azafrán o de rojo por el pimentón» (p. 117) y justifica, a su vez, las ansias por comer bien el día que recibía su paga mensual.

Pero no es Andrea la única que pasa hambre en la casa; también el resto de familiares: «pasaban hambre Juan y Gloria y también la abuela y hasta a veces el niño» (p. 119). La única posibilidad para intentar paliar esta hambruna que padecen era recurrir a parientes, como la hermana de Gloria: «a veces voy a casa de mi hermana sólo para comer bien, porque ella tiene un buen establecimiento, chica, y gana dinero. Allí hay de todo lo que se quiere... Mantequilla fresca, aceite, patatas, jamón...» (p. 123), a los amigos: «por las noche no cenaba, a no ser que la madre de Ena insistiese en que me quedase en su casa alguna vez» (p. 118), o simplemente, comer frutos secos que aplacaban el hambre: «compraba un cucurucho de almendras en el puesto de la esquina. Me era imposible esperar a llegar a casa para comérmelas...» (p. 168).

Otra novela cuyo marco temporal se sitúa a inicios de la década de los cuarenta es *La insolación*. A pesar de ello, pertenece al tercer ciclo literario de Laforet lo que producirá que la ambientación sea más amable, debido tal vez a que ya han transcurrido dos décadas desde el final de la guerra civil y la situación en España en el momento de la composición de esta narración no era la misma, ni económica ni socialmente. Lo primero que llama la atención en esta novela es la existencia de dos ambientes distintos. La vida de Martín en Alicante y sus veranos en Beniteca. Durante los inviernos en casa de sus abuelos el muchacho pasa hambre. Ya en las primeras páginas de la narración se afirma que la calidad y la cantidad de la comida no es lo que debiera ser: «durante la comida –una pobre comida por más señas, indigna de los huéspedes–, Martín dijo claramente que quería vivir con su padre» (p. 4). Tras el primer verano, la situación en Alicante sigue siendo la misma: «Martín dibuja, dibuja mucho, pero sobre todo siente hambre» (p. 42), porque ni siquiera «se puede comprar carne» (p. 42). El abuelo se queja diciendo que «él también quiere café de veras y no aquel sucedáneo que llaman café, pero que no huele a café, ni sabe a café, ni tiene el color del café» (p. 43). En cambio, la demanda del abuelo no tendría sentido en Beniteca cuando se afirma: «tomaremos el café fuera, bajo la sombra de los pinos, Corsi» (p. 54). A priori no sabemos si se refiere también al café hecho a base de cebada, algarrobas o cáscaras de cacahuete tostadas o a los productos genuinos que don Carlos proporcionaba a su familia: «a veces papá manda paquetes de cosas ricas cuando va a Portugal, pero...» (p. 106), Tal vez porque entre sus negocios existía algo un tanto turbio como podría ser el contrabando de mercancías amparado en su posición de cónsul de Nguma.

En cambio, la vida en Beniteca, aunque sin grandes lujos, es mejor. No es fácil conseguir carne, como cuenta Anita a Martín: «Carmen no quiere vender todos los pollos de su gallinero y la carne es difícil de encontrar» (p. 106). Así que se recurre a alimentos más asequibles, como las patatas: «su ración de patatas y huevos duros» (p. 96), «Frufrú había discurrido –pensando en la escasez de pan– prepararles diariamente una fuente de ensalada de patatas que los chicos devoraban junto a la taza de té obligatoria» (p. 145). Pensar en disfrutar de algo distinto, como galletas, dulces o pan, solo era posible cuando se conseguía harina: «los pobres hijos no ven las galletas a menudo desde que estamos aquí» (p. 34), «hoy Frufrú está haciendo pan con la harina que le trajeron la semana pasada y nos va a hacer unos bollos de pan hechos por ella y miel para la merienda» (p. 106), «había preparado un plato de galletas y también pan hecho en casa y mermelada de naranja» (p. 129).

También en los cuentos y en las novelas cortas, cuyo marco temporal se extiende hasta los primeros años de la década de los cincuenta, abundan las alusiones a la mala alimentación o, a veces, al hambre que sufren sus protagonistas. En *El veraneo* se queja Juan Pablo de que su vida no ha sido tan fácil como le recrimina el médico del pueblo: «él también había pasado malos ratos aquellos años. Había pasado hasta hambre; algo que a Rosa le faltaba conocer...» (p. 280). Leonor, la protagonista de *La fotografía*, solo compra fruta para su hijo y en muy poca cantidad: «hoy sólo voy a llevar una naranja. Pero bien bonita» (p. 285). En la casa de Julián los turronecillos son algo difícil de clasificar: «la pobre Herminia habría llevado, eso sí, unos turronecillos indefinibles, hechos de pasta de batata pintada de colores, y los niños habrían pasado media hora masticándolos ansiosamente después de la comida de todos los días» (p. 317). Esta comida a la que se refiere en sus recuerdos el protagonista de *El regreso* no era otra cosa que «sopa acuosa y boniatos», pues se afirma que leche solo había para los niños, que eran los únicos que podían desayunar: «Herminia miraba ávida la leche azulada que, muy caliente, se bebían ellos antes de ir a la escuela» (p. 318).

En *La niña* es una constante la falta de alimentos: «hace ocho días que no comemos más que lo que nos mandan las vecinas» (p. 842) y la situación es tan usual que se deja ver el efecto del hambre en el aspecto físico de la pequeña Olivia: «Carolina veía, materialmente, debajo de un trajecillo sucio y gastado, las costillas de la criatura bajando y subiendo agitadamente» (p. 853)

A la precariedad en cuanto a la alimentación habría que añadir, además, las penurias de los españoles al ser imposible adquirir nuevas ropas o tener que vender las usadas para cubrir la necesidad de comer cada día. Esto se traducía en trajes y vestidos ajados o recosidos, y frío. Así, Rosa se viste «con su traje descolorido y sus bastos zapatos negros» (p. 277), Leonor pasa el invierno «con un viejo abrigo y unos calcetines de Sebastián, pisando sobre el suelo blanco de nieve o sucio de barro, con la cara contraída de frío» (p. 285), Pedro «se convirtió en un muchacho joven, hambriento, sin abrigo y mordido por el frío, a pesar del subterfugio de subir el cuello de la americana» (p. 322) y los viandantes con los que se cruza iban «con la ropas demasiado gastadas o demasiado ligeras para la estación» (p. 324), Alicia solo podía «renovar el guardarropa muy de tarde en tarde» (p. 739), la señorita Rosa parecía «bien vestida siempre, aunque esto no fuera verdad» (p. 791).

Esta situación de privación se veía acrecentada por unas escasas medidas higiénicas. En *El aguinaldo* se narra la supuesta limpieza de los hospitales de posguerra con el uso de desinfectantes, pero sin ningún tipo más de higiene: «el olor nauseabundo de sudor y desinfectantes que la hacía ponerse enferma» (p. 342); ni siquiera vemos ciudades limpias, como leemos en *La llamada*: «entró por un barrio de callejas sucias que no conocía» (p. 677) y, por supuesto, tampoco personas limpias: «conoció a aquella mujerona desastrada y sucia» (p. 712) que no es más que el reflejo de la vivienda que se describe en *El último verano*: «ver las habitaciones sucias, abarrotadas de trastos viejos [...] Pero el recuerdo de aquel cuarto ahogado, de aquella cama con ropa sucia, le perseguía» (p. 713) o la cocina que se muestra en *La muerta*: «que la cocina estuviese sucia, con las paredes negras de no limpiarse en años, y el aire lleno de humo y de olor a aceite malo» (p. 267). Ante esta higiene tan precaria no es de extrañar la existencia de piojos, como la infestación que padece Soli en *Al volver la esquina*: «bueno, hija, en estos tiempos ya se sabe... Que te los quite tu madre y se acabó. Hay desgracias mayores. Un peine fino, hija, y petróleo es lo mejor» (p. 86).

Llama la atención la naturalidad con la se toma la convivencia con estos animales. No hay asombro por su existencia, ni preocupación por deshacerse de ellos. Es algo aceptado con normalidad, de la misma manera que se acepta la ausencia de calefacción en *El último verano*: «durante todo el invierno aquella habitación era una nevera» (p. 697); la luz de carburo en lugar de iluminación eléctrica en *El veraneo*: «les alumbraba en el comedorcito una clara luz de carburo –seis kilómetros más abajo, en el pueblo de mar, había luz eléctrica–» (p. 272); la falta de gasolina en *El regreso*: «llevaba muchos meses sin trabajo. Era cuando la escasez de gasolina» (p. 318); los trenes repletos, en los que se comparte espacio con animales, como hacen Julián: «iba él encajonado en un vagón de tercera entre pavos y pollos y los dueños de estos animales» (p. 317), Rosamunda: «era aquél un vagón-tranvía, con el pasillo atestado de cestas y maletas» (p. 305), Mercedes: «en aquella época los trenes iban abarrotados, no se encontraba nada para comer en las estaciones» (p. 656).

Además, los trenes se retrasan a diario: «ya sabes que el tren viene siempre con retraso» (p. 976); existían los habituales cortes de luz o agua: «lo teníamos en previsión de los cortes de luz que hay aquí a menudo» (p. 51), «es el lugar más confortable en que he vivido, con restricciones eléctricas o sin ellas» (p. 7), «en el calor nos hacían sufrir las restricciones de agua. Madrid había crecido demasiado de prisa» (p. 76).

Asimismo, la precariedad reseñada va a causar un alto índice de mortalidad infantil, a pesar de que uno de los objetivos de la política sanitaria del franquismo fuera paliar esta tasa (Bernabeu 2006). De esta manera, tenemos cuatro ejemplos en los cuentos y novelas cortas de Laforet. En *La fotografía* hallamos la referencia a la muerte de la primera hija del matrimonio: «en la vida de Leonor y Sebastián hubo cosas demasiado horribles. Aquella muerte de la niña, por ejemplo, cuando en casa no había un céntimo» (p. 286). En *El último verano* se menciona el mismo caso: «había nacido a raíz de los sustos y las hambres de la guerra, después de dos niñas que no se lograron» (p. 710). El hermano de Rosa, en el que han puesto todas sus esperanzas, también fallece en *Un noviazgo*: «recordó la muerte de su hermanito. Aquella esperanza que se acababa en su casa y que era una verdadera tragedia para su madre» (p. 753).

No es extraño que toda esta miseria provocase cierta deshumanización en la sociedad española y así se denuncia en *La llamada*: «la gente, después de pasar por los terribles años de la guerra, se había vuelto así, malhumorada y poco hospitalaria» (p. 660). Un ejemplo concreto lo podemos observar en la compra de dos camas iguales para que dos hermanos compartan la habitación el día en que su bisabuela fallezca: «la abuelita sabía que se contaba con su próxima muerte, porque en estos tiempos modernos se cuenta con todo» (p. 661). Se da por sentado que doña Eloísa va a fallecer en un futuro no muy lejano y se prepara el nuevo mobiliario, sin pensar en cómo puede sentirse la anciana. Aunque la cita

que mejor refleja esta deshumanización la encontramos en *Nada*. Gloria, con gran naturalidad tras volver de casa de su hermana, pregunta a su marido: «¿Se ha muerto el niño?» (p.164).

3. CONCLUSIONES

Como se ha explicado anteriormente, el intervencionismo en materia económica, basado en una autarquía ineficaz, sumió a España en una amplia crisis, y así lo indican los numerosos ejemplos acerca de la miseria española durante los años cuarenta, en los que difícilmente podían ser cubiertas las necesidades básicas, debido tanto a la escasez de productos como a la presencia de cartillas de racionamiento que a duras penas permitían el abastecimiento de las familias.

Tan solo a finales de los años cincuenta se pudo observar una ligera mejora de las condiciones económicas con el auge de una burguesía afín al gobierno y, en su mayoría, despreocupada por los problemas sociales. A esta ínfima bonanza contribuyó un tímido aperturismo del régimen, lo que provocó la posibilidad de la entrada de inversiones extranjeras en nuestro país, así como la oportunidad de acudir a la emigración como paliativo para la precariedad económica española.

Haciendo una síntesis de los ejemplos hallados en las obras, observamos una evolución respecto a la precariedad económica de posguerra. En primer lugar, tenemos que la miseria española comenzó tras la guerra. Durante el conflicto, la situación comenzó a volverse más delicada, siempre dentro de la península, pues como hemos podido comprobar tras la lectura de *La isla y los demonios*, en las islas no se notaron tanto los efectos de la contienda. En la década de los cuarenta, la situación era más que complicada; solo durante los años cincuenta comenzó a paliarse la pobreza mencionada.

En segundo lugar, cabe mencionar que la política intervencionista de carácter autárquico no solucionó el problema. El racionamiento provocó mayor endeudamiento en la población que debía conseguir lo necesario para subsistir de manera ilegal, lo cual favorecía el aumento de precios y acrecentaba las dificultades para conseguir bienes de primera necesidad, tales como alimentos, ropa, medicinas...

Bibliografía

- Arias Carreaga, R. (2005). *Escritoras españolas (1939-1975): poesía, novela y teatro*. Madrid: Ediciones del Laberinto.
- Barciela, C. (2000). «El mercado negro de productos agrarios en la posguerra, 1939-1953.» En *España bajo el franquismo*, editado por Josep Fontana, 192-205. Barcelona: Crítica.
- Bellod Fernández de Palencia, E. (1994). «La papeleta de empeño.» *Proyecto social: Revista de relaciones laborales* 2, 9-22.
- Bernabeu Mestre, J., Pérez Caballero, P., Galiana Sánchez, Nolasco, M.E. y Bonmatí, A. (2006). «Niveles de vida y salud en la España del primer franquismo: las desigualdades en la mortalidad infantil.» *Revista de Demografía Histórica* 1, 181-202.
- Castillo Cáceres, F. (2010). *Capital aborrecida. La aversión hacia Madrid en la literatura y la sociedad del 98 a la posguerra*. Madrid: Ediciones Polifemo.
- Francés Díez, M.A. (2013). «Reina por un día: la construcción de género durante el Franquismo.» *Cuestiones de género: de la igualdad a la diferencia* 8, 223-240.
- Gómez Nicolau, E. (2013). «El destino natural de las mujeres. La legitimación de la violencia de género a través de la prensa sensacionalista del franquismo.» *Nóesis* XXII 43, 135-156.
- Ibáñez Domingo, M. (2014). «Estómagos vacíos. La miseria de las mujeres vencidas en la inmediata posguerra.» *Vínculos de Historia* 3, 302-321.
- Laforet, C. (1963). *Novelas*. Barcelona: Planeta.
- —. (2004). *Al volver la esquina*. Barcelona: Destino.
- —. (2007). *Carta a don Juan. Cuentos completos*. Editado por Agustín Cerezales. Palencia: Menoscuarto, Prólogo de Carmen Riera.
- Montero, M. (2012). «La publicidad española durante el franquismo (1939-1975). De la autarquía al consumo.» *Hispania. Revista Española de Historia* 240, 205-232.
- Ramos Ortega, M.J. 1996. «Discurso e historia en la novela española de posguerra.» *SIGNA: revista de la Asociación Española de Semiótica* 5, 289-307.
- Reher, D. (2003). «Perfiles demográficos de España, 1940-1960.» En *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, editado por Carlos Barciela (pp. 1-26). Barcelona: Crítica.
- Román Ruiz, G. (2015). «Fraude y contrabando en la provincia de Granada. Geografía del estraperlo y actitudes ciudadanas (1937-1952)» *Historia Actual Online*, 37 (2), 7-23.
- Santos, F. (2003) «Exiliados y emigrados: 1939-1999.» Biblioteca Virtual Cervantes.
<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbc3v4>. Consultado el 7 de octubre de 2015.
- Tusell, J. (2005). *Dictadura franquista y democracia, 1939-2004*. Barcelona: Crítica.
- —. (2004). *Historia de España. Guerra y dictadura*. Vol. XVI. Madrid: Espasa Calpe.
- Viñas, A. (2007). «Una política exterior para conseguir la absolución.» *Ayer* 68 (4), 111-136.